
Posibilidades de estudio de la mexicanidad

Decía Sapir que era suficiente que un término incorrecto fuera repelido, usado y aceptado por una comunidad para que se volviera "correcto". Así "mexicanidad" en su uso correcto por deducción comparativa y todavía factible para la Academia de la Lengua (aunque no figure en la Real Academia Española) tendría que ser: f. carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura mexicana, en primera acepción; en segunda: conjunto y comunidad de los pueblos mexicanos; en tercera: ant. mejicanismo. Si fuera el caso.

Como "mexicanidad" no está en el diccionario (en donde sólo figuran "hispanidad" y "latinidad") alguien podría referir el vocablo como una incorrección, posiblemente arreglada o corregida por el uso constante que de ella hiciera una comunidad social. Aquí no se hace esperar la incómoda pregunta: ¿es una comunidad la que emplea el término? Si es positiva la respuesta, ubiquemos dicha comunidad: cuándo nació, quiénes la integran, cuántos son, qué pretenden, para qué serviría lo que pretenden.

La comunidad es incipiente: está formada por un pequeño grupo de los académicos de las humanidades. Si es así, el término todavía no adquiere su rango de "corrección" sapiriana. Su acta de nacimiento es incierta: no sabemos bien a bien cuando apareció entre nuestras referencias. Pero somos nosotros quienes la usamos. Contestar para qué sirve lo que se pretende ¿no sería ir —inconvenientemente— demasiado lejos? Dejemos la filología, la lingüística, la lógica: aceptemos

los problemas que cualquier término plantea; más bien: saltémoslos.

Sería muy difícil desligar la mexicanidad de toda forma de nacionalismo; así que ya estamos en un problema de mayor envergadura. Que liquidamos a grandes trazos para poder volver a nuestro tema original; así decimos que si la nación no es un absoluto sino un fenómeno en constante construcción y remodelación, alguna forma del nacionalismo le resultará imprescindible, ya que nuestra nación no siendo la única, está obligada a competir con las restantes.

Como el término *hispanidad* tuvo expresión antigua en *hispanismo*, al de *mexicanidad* bien le pudo haber correspondido el mismo origen, pero en este caso no hay claridad. Las definiciones formales existentes, ineludibles, al tratar de definir nuestro tema, son:

Hispanidad es: f. carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura hispánica. 2// Conjunto y comunidad de los pueblos hispanos. 3// ant. hispanismo.

Hispanismo: (de hispano) Giro y modo de hablar propio y privativo de la lengua española. 2// Vocablo o giro de esta lengua empleada en otra. 3// Empleo de vocablos o giros españoles en distinto idioma. 4// Afición al estudio de la lengua y literatura española y de las cosas de España.

Hispanista: com. Persona versada en la lengua y cultura españolas. Se da comúnmente este nombre a los que no son españoles.

Latinidad: (Del lat. *latinitas-atis*) f. Lengua latina de los antiguos romanos. /Baja latinidad, bajo latín.

Con estas definiciones entramos en el problema aberrante de que "mexicanidad" en el fondo no estaría del todo libre de "hispanidad" ya que también hacemos parte de la comunidad hispánica, asunto que ha sido conflictivo, vergonzante, semilla de la neurótica nacional. Pero que ahora, en los Estados Unidos, los mexicanos asumimos con orgullo.

Por eso también dejamos a Sapir y su lógica, pues con ella, la mexicanidad o el mejicanismo encontrarían su base más firme en el náhuatl de los mexica, fenómeno que no es total de la cultura nacional mexicana, sino parcial, y contrastado con la lengua, a la que recurre en última instancia la definición académica, minoritario y marginal. Bajo esta óptica, mexicanidad apuntaría a convertirse en un movimiento reivindicativo de lo mexica, en nombre de la injusticia secular que aquel grupo hubiera sufrido. Pero así quedarían sin reivindicar todas las demás etnias, la mayoría social, de origen prehispánico, que corrieron igual o peor suerte que los mexica, y también la mayoría nacional postcolonial perteneciente a los estratos bajos de la sociedad nacional.

Mexicanidad, mexicanismo, pueden ser términos tan complejos como se quiera, como también las posibilidades del estudio sistemático de la sustancia o temática a las que aluden.

Así, no sería fácil negar que la materia que estudiase los fenómenos en cuestión tendría que ser algo así como una "mexicología". Pero pocas veces los estudiosos de una cultura se han autodenominado o han aceptado el calificativo compuesto de la civilización que es su objeto de estudio más la voz griega *logos*, tratado o estudio. Así, egiptología, asiriología, indología y sinología, son excepciones. De todas formas estos nombres se inscribieron desde el siglo pasado en el estudio general de los orientalistas. En el caso de los americanistas nunca encontramos una denominación que hiciera con el nombre de un país, más *logos*, una especialidad y sí en cambio se pudo hablar de grupos de especialistas que estudiaban pueblos pertenecientes a una entidad nacional más amplia conjuntando el nombre del grupo estudiado más la partícula complementaria *ista*, como es el caso de los mayistas o de los andinistas, que observan una sola cultura pero cuya localización hoy excede las fronteras de una sola nación.

No son claras en ningún modo las causas de las denominaciones de unos y otros estudiosos. En el

caso de los indólogos por ejemplo su título queda injustificado ante la presencia de etnias y culturas distintas que se aglutinan bajo el rubro general de indios: tampoco se explica por qué no son "mayólogos" o "andinólogos" quienes se ocupan de mayas y quechuas. No es claro que los mayistas sean sólo estudiosos de la historia maya, mientras que los sinólogos lo sean sólo de la lengua china; es más común llamar latinistas a los estudiosos de la lengua latina y los mayistas estudiarían muy poco de la lengua de los mayas precortesianos de la cual se sabe casi nada. Por lo demás, en el caso de la indología, ésta se usó no sólo para señalar a los versados en cosas de la India, sino que se les llamó también así a los estudiosos de los indios americanos durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Lo que sí es muy claro es a) que los expertos asiriólogos, egiptólogos, indólogos, etc., siempre fueron desde sus orígenes (con raras excepciones) extranjeros a las culturas estudiadas, y en su mayoría europeos; b) que no hay especialistas nombrados así sobre los países europeos; c) que para el continente americano se ha preferido agregar la terminación *ista, ismo*, a los estudios que observan las cosas antiguas de los indígenas precortesianos, y d) que tales estudiosos son también, en una buena proporción, europeos y norteamericanos.

Los primeros culturólogos de esta naturaleza fueron los jesuitas franceses que abordaron la tarea de estudiar la lengua china y después algunos otros aspectos antropológicos e históricos de aquel país, a principios del siglo XIX. Ellos sin embargo tuvieron que enfrentar el peso de la erudición china.

No cabe duda que que la denominación de sinólogos en este caso, es exclusivamente aplicada a estudiosos europeos. Así como también, que aquellos eruditos chinos que elaboraron diccionarios, obras de historia, etc., aunque sin ser llamados así, fueron sinólogos mucho más apegados a la realidad de las cosas chinas; desde luego, la lengua y la historia chinas la conocían mejor que los europeos que las estudiaban; pero son éstos últimos los reconocidos como sinólogos.

La verdad es que el origen de estas denominaciones que nos ocupan, ocurrieron en las etapas (y sus políticas) coloniales que Europa protagonizó en diversas culturas no-occidentales. Y que la exclusión del quehacer intelectual de los indígenas de las colonias fue tan equívoca como injusta. Todo esto estuvo de-

terminado por la tentación, válida o no, que sentimos por explicar y definir al Otro. Pero es obvio que en esa tarea son de particular importancia las "versiones" que los propios sujetos de una historia determinada puedan formular.

Por último surgieron unos especialistas más, esta vez ubicados a medias sobre el orientalismo y dedicado a estudiar sólo etapas históricas recientes: fueron los llamados soviétólogos, quienes después fueron desbancados junto con su objeto de estudio. Éstos son especialistas sobre un país que conjuga a Oriente con Occidente, y estudian primordialmente cuestiones políticas y socioculturales desde la Revolución de Octubre hasta el régimen de Gorbachov.

En estos momentos algunos estudiosos mexicanos inician una tarea intelectual que asume la responsabilidad de confrontar las versiones históricas de los españoles del siglo XVI, más la de investigadores contemporáneos extranjeros y nacionales, que falsearon con demasiada rapidez e insostenibles argumentos montados en ideologías de conveniencia, la historia antigua de México. Con esta tarea cuya voluntad promueve factores de diferenciación respecto de otros estudiosos, se perfila una reinterpretación de la historia prehispánica y de los mitos indígenas, observando su singularidad y, desde luego, desde posiciones ideológicas y metodológicas nuevas y carentes de los intereses que movieron a extranjeros de ayer y de hoy, y también de aquellos mexicanos que repiten las versiones de los primeros, acriticamente.

Por la naturaleza de esta empresa y en relación a las referencias hechas a las formas de denominación de la culturología nacida en el siglo pasado, con las características reseñadas, podemos ensayar a nombrar como *mexicología* al carácter particular que están arrojando esos estudios, en la inteligencia de que no hay ningún argumento que contradiga esta declaración; que el término es el más preciso en relación a la naturaleza de los nuevos estudios; que designa una especialidad que estudia la historia y su singularidad antigua; que combate la posibilidad de que nuestro pasado y nuestros mitos sigan siendo predominantemente cotos de estudios de extranjeros; que impide se reserve la posibilidad, como en el caso de los orientalistas, de que los estudiosos de más alto rango, siempre extranjeros, se apropien de la designación más exacta (y prestigiosa) del saber sobre la cultura mexicana.

Los mexicanos, como tantas otras naciones del mundo tenemos origen múltiple; heterogeneidad que se establece en función de las culturas, de las etnias, de las lenguas e historias que han confluído aquí para amalgamar el ser nacional que nos denota. Integran esta amalgama indios, africanos, asiáticos y europeos; hablamos español y además hay 52 lenguas indígenas sobrevivientes; nos antecede la historia de los pueblos prehispánicos que se pueden considerar capítulos independientes y a la vez confluentes en una macrounidad cultural que desde los años cuarenta de este siglo llamamos, como un recurso de orden, con el nombre de Mesoamérica. A esto se agregó la conquista europea, que nos relacionó con la historia de España, de Arabia, de África y de Oriente.

El tiempo indígena de nuestra historia es superior al compartido con el de los otros continentes, en contraste de siete mil y más años, contra apenas quinientos de interacción con Occidente.

Las diferencias son importantes: durante la larga historia indígena, Mesoamérica no tuvo la unidad político-territorial que hoy existe. El antecedente más notable de unidad político-territorial duró, bajo la égida de los mexica, aproximadamente doscientos años: abarcó, desde los valles del Altiplano central, hasta la actual Nicaragua.

El gobierno colonial de España, totalmente diverso, concentró un territorio más vasto que el de los mexica y lo retuvo alrededor de trescientos años. La república independiente, con los límites actuales, se demarcó por el sur más restringidamente que el gobierno virreinal y perdió por el norte, contra los estadounidenses, una buena parte del territorio. Tenemos pues, aproximadamente, ciento ochenta años de vida independiente, como una nación en donde se plantearon las bases para una propia búsqueda de legitimidad política.

Los criollos habían desechado el nombre de México. Los insurgentes de principios del siglo pasado conservaron la mitad del viejo nombre (México-Tenochtitlan) del imperio de los mexica para referir a la flamante nación independiente. Como quiera que haya sido la historia, el país quedó nombrado con el apelativo de uno de los grupos étnicos de entre todos los que formaban el mosaico cultural del mundo indígena precortesiano: México, de Mexitli, la deidad tutelar de los mexica.

Al retomar el nombre antiguo de México, los insurgentes reconocían de facto la jerarquización y el cen-

tralismo que habían logrado imponer los mexica. La tenacidad política de estos últimos y sobre todo su habilidad guerrera, pesó sobre los otros pueblos hasta que se sometieron. A la llegada de los españoles el reino de Moctezuma II Xocoyotzin se extendía por las vastas selvas del sureste en donde las ciudades y pueblos tenían ya nombres nahuas y sus viejos topónimos mayas ocupaban un segundo plano. Así que cuando desembarcaron los españoles por las costas de Tabasco y Veracruz, se encontraron con una serie de pueblos oprimidos por los mexica con quienes no resultó tan difícil la alianza política y militar con qué marchar en son de guerra hasta el reino hegemónico de la altiplanicie. Eso demostró no sólo la heterogeneidad y desunión política entre los pueblos indígenas, sino el rencor que las demás naciones indias de América guardaban hacia los mexica.

Cuando salieron los mexica en su peregrinar mítico-histórico de un lugar llamado Aztlán, localizado, se dice, al noroeste del actual país, ya habían florecido hacia el sur y el sureste, viejas civilizaciones. En cambio el grupo peregrino, cazador, nomádico, pescador, recolector, todavía no concebía las grandes ciudades que después habría de fundar. Pero lo cierto es que los mexica llegaron a un centro civilizatorio situado del valle de México hacia abajo. A adoptar nuevas costumbres, a aprender artes y ciencias elevadas, a organizarse civilmente en ciudades sofisticadas. Como es cierto también que esos mismos mexica, una vez integrados al mundo clásico, lo llevaron hacia adelante, hasta altos límites de esplendor, cuando en 1519 irrumpió otra cultura extraña que habría de refrenar dicho desarrollo y cambiar los destinos de este mundo.

Entonces, no hablamos coherentemente cuando referimos "la antigüedad de *la nación mexicana* cuyos orígenes se localizan en el mítico Aztlán", lugar de aún incierta ubicación hacia el norte. Porque la nación actual no restringe sus orígenes a una sola etnia.

En rigor la nación mexicana con su actual perfil territorial tiene apenas 169 años; porque dicho perfil es resultado también de la apropiación de Texas por parte del gobierno norteamericano, en 1826.

Otra cosa es hablar de la "nación mexicana" que se remonta a 700 o más años atrás, y que le tocó protagonizar una vertiginosa historia de dominación, haciendo caso omiso del desarrollo de las otras naciones indias, algunas de ellas considerablemente más antiguas, como los olmecas. Dicha nación mexicana, una



vez establecido su centro de poder en los lagos de Anáhuac, asumió el control de otros pueblos, por el sureste aproximadamente hasta Tabasco; por el norte hasta una tortuosa demarcación que va de Nayarit al oeste, a Tamaulipas por el este, aunque es cierto que su influencia cultural pudo haber llegado más lejos: de hecho se habla que hay presencia arqueológica y etnolingüística hasta Honduras en Centroamérica.

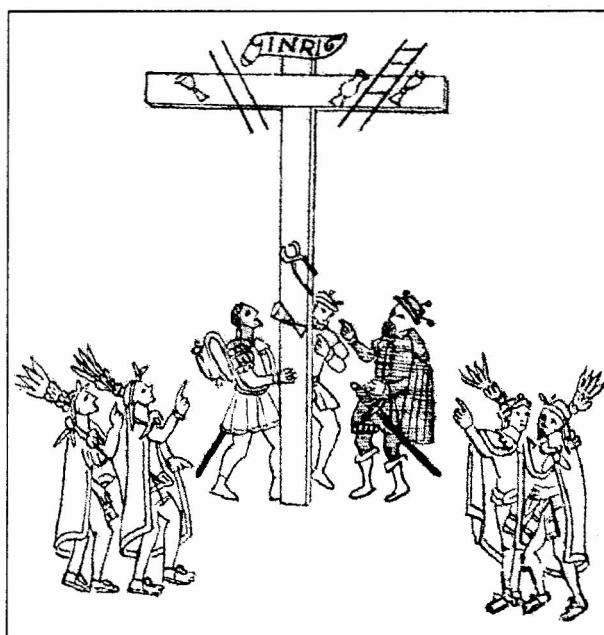
Así pues, la expresión: "la antigüedad y los orígenes de la nación mexicana" es muy distinta de la "antigüedad y los orígenes de la nación mexicana", a pesar de que la nación que hoy tenemos deba su nombre a los viejos mexica.

Considerando el territorio que hoy tenemos y la identidad y la antigüedad y orígenes de sus viejos pobladores, debemos hablar de olmecas, mayas, zapotecas, tarascos, mexica, coras, huicholes, seris, yaquis, tarahumaras. Debemos hablar de épocas tan remotas

como 32 siglos atrás (hace 3 200 años, aproximadamente por el 1200 a.C. o el siglo XII a.C.), por los tiempos del nuevo reinado de la vieja capital tebana del Alto Egipto (1570-1090 a.C.), es decir, antes que Grecia clásica, en que aparecen los olmecas. Debemos hablar de migraciones procedentes de centro y Sudamérica datadas por esos tiempos, y de otras migraciones muy posteriores procedentes del norte, ocurridas alrededor del 1290 d.C., de que se distinguió la de los mexica, contemporáneos de los pueblos europeos de finales del Medievo y principios del Renacimiento. Tenemos entonces que la expresión (desafortunada) de "la cuna de la mexicanidad", prolijamente usada para buscar el sitio mítico e histórico del cual partieran los mexica en su peregrinar hacia el valle de México, debe ser confrontada con los datos aquí considerados, y que por lo demás son del dominio común de la antropología nacional y extranjera. Y en honor a la transparencia, dicha expresión debería de ser sustituida por otra que ponga freno a la confusión que la primera prohija. Y ésta no podría ser otra que "la cuna de la *mexicayotl*" para buscar los orígenes de una etnia y no los de la moderna nación.

Puestas así las cosas, no parece haber ningún inconveniente para que, mediante una adecuada comprobación arqueológica y etnohistórica, se emprendan, entre otras, tareas como las de tratar de ubicar el sitio de donde partieran los grupos mexica hacia el centro de México. Y es muy claro que insistir en el establecimiento de un sitio determinado como sede primaria y origen de "la mexicanidad" (sin distinguir la antigua de la actual) establecida en Mesoamérica, dejaría marginados, fuera del complejo histórico, geográfico y cultural de la mexicanidad, a importantes estados del norte, no menos mexicanos, como son Baja California, Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León.

Con todos estos problemas que contrae la pertinencia del uso del sustantivo femenino de la mexicanidad, se hace necesario advertir a) que el uso *espontáneo* del término cuya corrección pudiera ser establecida por la comunidad en el futuro, es inconveniente; b) que es indispensable discutir y valorar el significado histórico e ideológico del mismo, y c) que le corresponde a la antropología la ordenación y la enseñanza de los significados que el término prohija porque es



evidente que el curso espontáneo de dicho movimiento no ha encontrado ocasión de fundamentar del todo sus objetivos y que aún conserva un voluntarismo impulsado por el rencor.

En cambio, el término sopesado del modo antedicho puede encontrar reorientación hacia la revaloración y apreciación de los orígenes del mexicano como un sustrato del mosaico entero de las culturas prehispánicas, más la amalgama occidental ocasionada por la conquista española. Pero también puede ayudar a categorizar una temática de discusión que ha sido naturalmente del interés de la ensayística filosófica y que se ha presentado (quizá no del más correcto modo) como una curiosidad por "lo mexicano". También puede ser punto de acuerdo o bandera contra la injusticia de que son víctimas todas las etnias indígenas que sobreviven en México. Por último, su exaltación puede alcanzar estatus crítico, y alternativo, del fenómeno de "lo occidental" y toda su culturalmente esparcida secuela de fracasos de orden ético, económico, en fin de justicia social; tarea comprometida desde un punto de vista académico y político, y de muy laboriosa realización si observamos los problemas tratando de alejarnos de cualquiera de las formas de la ingenuidad, por conmovedoras que resulten.